

NUEVAS HIPÓTESIS SOBRE EL MESOLÍTICO NORTEEUROPEO

Lo que ocurre con el Mesolítico norteeuropeo es bien demostrativo, si hiciera falta que se demostrara, de que en la Prehistoria toda sistematización está expuesta a quedar inservible en un breve plazo de tiempo. En 1936, Graham Clark publicó su famosa obra *The Mesolithic Settlement of Northern Europe*, que parecía definitiva, dándonos un esquema de la evolución cultural en aquella parte del continente, de gran claridad y precisión. El lector español puede formarse perfecto cargo del contenido de dicha obra gracias al completo resumen que de la misma dió nuestro colaborador J. San Valero en la revista *Atlantis*, XVI, 1941, pág. 412.

Pues bien, los descubrimientos en aquellos países se han sucedido y, en parte, amenazan con invalidar las conclusiones de Clark. No han llegado aquéllos, debido a las circunstancias de Europa, a los manuales, y por ello creemos útil indicar aquí lo esencial de los problemas que plantean. Quien desee conocerlos con mayor detalle puede consultar el artículo de Gordon Childe, *The Mesolithic and Neolithic in Northern Europe* (*Man*, XLIII, marzo-abril, 1943, pág. 34).

Erteboelle era la cultura tipo de los concheros en el momento de la transgresión marina que inicia la fase de clima atlántico. Pero las investigaciones recientes han demostrado que la transgresión más poderosa es del período atlántico avanzado, y que la cultura de Erteboelle debe abarcar desde el comienzo de la fase atlántica a la subboreal inicial. Concheros como los de Brabrand, en vez de ser mesolíticos, resultan claramente neolíticos. En el sur de Suecia y Finlandia también se han observado anomalías respecto de la posición que se daba a la cultura de Erteboelle.

Según Childe, parece como si la cultura de Erteboelle, que se basaba en la recolección sedentaria, no evoluciona por sí misma en una cultura neolítica agrícola y ganadera, sino que persiste con sus propias características, cuando ya se habían establecido en Dinamarca y Suecia meridional culturas claramente neolíticas. Así, el hallazgo en concheros como los de Brabrand Soe, de piezas neolíticas, indicaría sólo el contacto entre recolectores costeros y agricultores. En relación con esta economía agrícola neolítica, que no surge de la cultura de los concheros, hay que poner los yacimientos con cerámica de cuerdas. Es posible, pues, que la cerámica escandinava posterior haya derivado de esta cultura de la cerámica de cuerdas, pero algunos hallazgos parecen indicar que la cerámica es anterior, pudo comenzar ya al lado de un instrumental maglemosiense, en la etapa boreal. Y en cuanto al hacha pulimentada, que se tuvo como característica de la etapa neolítica, se encuen-

tra en la fase boreal en Kunda, y, como referimos en otra nota del presente volumen, se señala su aparición en Ucrania en los últimos tiempos glaciales.

Cada vez más podemos, pues, apreciar cómo lo que estilizamos como un momento de brusco contraste entre una y otra época, en realidad es un proceso complejísimo que en algunos aspectos se inicia muy temprano y que en cada comarca, casi diríamos en cada estación, presenta modalidad distinta, y esto es lo que hace desilusionadora toda síntesis, aun la mejor elaborada. — LUIS PERICOT.

NUEVOS ATAQUES AL SISTEMA TRADICIONAL DE LA NOMENCLATURA PREHISTÓRICA

Coincidiendo con el crecimiento evidente del caudal de datos sobre los que opera la ciencia prehistórica y con el progreso de sus métodos, se han ido levantando voces contrarias al sistema y nomenclatura de los períodos tradicionalmente admitidos desde hace ya más de un siglo. Autores destacados tratan de imponer sus sistemas personales, mientras otros ponen de relieve los defectos de las nomenclaturas corrientes. Ante la presión creciente se impone una revisión, pero si no queremos caer en una verdadera anarquía, de la que se notan ya algunos síntomas, es preciso que, de una reunión de los más destacados prehistoriadores europeos, salga una decisión común, acatada por todos. Todas las ciencias han pasado por parecidas crisis y las han superado, y no dudamos que igual fortuna tendrá la nuestra, a pesar de que la índole de su trabajo y elaboración la haga especialmente apta al individualismo de sus cultivadores.

Una de las últimas aportaciones que conocemos en pro de la renovación del sistema prehistórico es la de Glyn E. Daniel, en un librito de 60 páginas, publicado por la Universidad de Cambridge, con el título de *An Essay on Archaeological Method* (1943).

Daniel estudia el origen y formación de la nomenclatura generalmente admitida en Prehistoria : el sistema de las tres edades y las subdivisiones y períodos del mismo. Este sistema, que sólo ha podido aplicarse, según el autor, a Europa y Asia, falla ahora incluso en el Occidente europeo, donde se formó, y aquí el progreso de la ciencia se ve retardado por el uso que todavía hacen algunos de términos equívocos. Al usarse las culturas con sentido histórico, están fuera de lugar las divisiones cronológicas, a la manera de las utilizadas por la Geología, que pretenden aplicarse a todas partes.

Hasta aquí, Daniel no hace sino repetir argumentos que otros autores habían ya enunciado. Más originales, aunque en parte se apliquen ya,

son sus propuestas para corregir la situación difícil actual. Propone una nomenclatura para la división en culturas, distinta de la serial o cronológica. La primera utilizaría nombres derivados de estaciones (Auriñaciense, por ejemplo) o de tipos (vaso campaniforme, hoja de laurel); la segunda se indicaría por medio de números o letras (por ejemplo, como hace Gordon Childe en su obra sobre las Islas Británicas, que reseñamos en estas páginas). Por ello, ataca a los autores que emplean denominaciones como Neolítico A o Mesolítico 1 (éste debiera ser, según él, el Holoceno 1). Tratando de salvar, modernizándolo, el sistema ideado por Thomsen, de las tres edades, y darle una amplitud ecuménica, piensa que ello sería posible equiparando cada edad a una etapa del desarrollo económico de la Humanidad. Acercándose así a lo que propuso Elliot Smith, al reunir el Paleolítico y Mesolítico bajo el título de economía recolectora, y el Neolítico bajo el de economía productora, Daniel sugiere que el Neolítico y la Edad del Bronce inicial y media se junten en una época eocálquica, y la Edad del Bronce final y la del Hierro, en una época plena del metal.

Tenemos también la crítica que el profesor Gordon Childe ha hecho del anterior trabajo (*Historical Analysis of Archaeological Method*, en la revista *Nature*, volumen 153, febrero 1944, pág. 206). Childe coincide con Daniel en la crítica del sistema tradicional, pero le rectifica en bastantes puntos. Así, defiende a Clark por usar el término Mesolítico 1, pues durante mucho tiempo, dice, la Prehistoria no podrá librarse de las series evolutivas puramente locales y sus denominaciones (como aquella, que pretende sólo validez para el Norte de Europa) han de admitirse sin pretensión de aplicarse a todos los continentes. Otras críticas de Childe se refieren a la agrupación que hemos indicado en las edades del metal, que juzga equivocada en varios aspectos. Cree que el cambio que sufrieron las sociedades con el uso del hierro fué más trascendental que el experimentado con el abaratamiento del bronce.

Como conclusión, volvemos a cuanto dijimos al principio. El primer congreso científico que vuelva después de la guerra a reunir a los sabios de todo el mundo, deberá resolver este problema de la sistematización y nomenclatura de la Prehistoria. Todos acataremos su resolución. Y reconozcamos que, por parte de los investigadores españoles, no se nota menos la falta de un sistema en que todos estemos de acuerdo. La situación actual es de verdadera anarquía. ¿Podemos esperar la resolución internacional para poner en orden lo nuestro? — L. PERICOT.